

decirme vuestro nombre y que, sin embargo, no me lo dijisteis... ¡Sois un hombre extraordinario!

El marqués, pensativo, exclamó, como hablando consigo mismo:

—La Inglaterra! No nos queda otro recurso. Es preciso que dentro de quince días estén los ingleses en Francia.

—Tengo muchas cuentas que rendir al señor; he desempeñado sus encargos.

—Mañana hablaremos de todo esto.

—Hasta mañana, señor.

—A propósito; tienes apetito?

—Mucho, pues por llegar á tiempo no he comido nada en todo el día.

El marqués sacó del bolsillo una tablilla de chocolate, la partió en dos pedazos, dió uno á Halmalo y se puso á comer el otro.

—Señor, á vuestra derecha está el barranco y á vuestra izquierda el bosque.

—Está bien. Déjame: vete.

Halmalo obedeció y se perdió en la oscuridad. Oyóse ruido de ramas removidas y despues nada. Al cabo de algunos segundos hubiera sido imposible seguirle la pista. El terreno de Bocage, tan intrincado y tan frondoso, era el gran auxiliar del fugitivo, que no se podía decir que desaparecía, sino que se disipaba. Esta facilidad de dispersion rápida hacia vacilar á un ejército en la Vendée.

El marqués permaneció inmóvil. Era de los hombres que ponen empeño en ser estóicos; pero no pudo sustraerse á la emoción de respirar el aire libre, despues de haber aspirado el ambiente de la sangre y de la carnicería. Era motivo más que suficiente para experimentar cierta sacudida nerviosa, hasta para hombres como Lantenac, verse completamente salvados despues de haberse visto completamente perdidos; y aunque habia pasado ya por situaciones semejantes, no pudo impedir que sintiese su alma imperturbable una conmoción durante algunos minutos. Confesóse á sí mismo que estaba satisfecho, pero dominó pronto esta sensación, parecida á la alegría.

Sacó el reloj de repetición y le hizo tocar. Quería saber la hora que era.

Con sorpresa supo que no eran más que las diez. Cuando se acaba de pasar por una de esas peripecias de la vida humana en las que todo se aventura, nos extrañamos que instantes tan llenos de acontecimientos no sean más largos que los demás.

Dispararon el cañonazo de aviso un poco antes de la puesta del sol y embistió á la Tourgne la columna de ataque

media hora despues, al anochecer, entre las siete y las ocho. Es decir, que el colosal combate, que empezó á las ocho, concluyó á las diez; que toda aquella epopeya solo duró ciento veinte minutos. A veces suceden las catástrofes con la rapidez del rayo. Los acontecimientos tienen estas condensaciones sorprendentes.

Reflexionando sobre esto, se comprende que lo que debía asombrar no era que el combate hubiera durado poco, sino que hubiera durado tanto. La resistencia de dos horas de tan pocos hombres contra tan gran número de combatientes era realmente extraordinaria, y no puede decirse que fué corta la batalla empeñada por diez y nueve contra cuatro mil.

Entre tanto, pensando el marqués que Halmalo debía estar lejos, juzgó que ya era tiempo de abandonar aquel sitio, no teniendo además necesidad de permanecer en él. Volvió á meter el reloj en el bolsillo, pero no en el mismo, porque acababa de fijarse en que estaba en contacto con la llave de hierro que le entregó el Imano, y era fácil que chocase con el cristal y le rompiera. Hecho esto se dispuso á internarse en el bosque, pero al volverse hácia la izquierda le pareció distinguir vaga claridad.

Detúvose, y mirando al través de las matas que se destacaban sobre un fondo rojo, que hacia visibles hasta sus menores detalles, observó gran resplandor en el barranco, del que le separaban pocos pasos. Marchó primero hácia él, pero despues se contuvo, juzgando inconveniente hacerse visible á la luz, que cualquiera que ésta fuese le importaba poco, y tomó la dirección que le indicó Halmalo. Empezó á internarse en el bosque.

De repente, encontrándose profundamente emboscado en la maleza y oculto entre las zarzas, oyó por encima de su cabeza un grito terrible, un grito que parecia salir del reborde mismo de la meseta, sobre el barranco. El marqués se paró y levantó los ojos.

LIBRO QUINTO

In Dæmone Deus.

I.

Hallados, pero perdidos.

Quando Micaela Flechard vió la torre iluminada por el sol poniente, aun

le faltaba media legua para llegar á ella. Aunque apenas podía andar, emprendió de nuevo el camino al ver próximo ya el término de su viaje. Las mujeres son débiles, pero las madres son fuertes.

El sol se habia ya ocultado. Tras el crepúsculo llegó la oscuridad profunda, y Micaela, sin detener la marcha, oyó sonar á lo lejos, en el reloj de invisible campanario, las ocho primero y despues las nueve de la noche. Aquel campanario seria probablemente el de Parigné. De vez en cuando se paraba Micaela para oír sordas detonaciones, que tomó acaso por vagos ruidos de la noche.

Avanzaba sin cesar, guiada por la débil claridad que despedía la fortaleza lejana, que resaltaba en la oscuridad, dando irradiación misteriosa á la torre; dicha irradiación era más viva cuanto más se oían las detonaciones, y despues se amortiguaba.

La vasta meseta por donde Micaela caminaba solo contenía yerba y brezos; no se distinguía en toda ella ni un árbol ni una casa. Lo que en esta ascension sostenía las fuerzas de la madre era tener siempre á la vista la torre, cuya magnitud crecía á medida que se aproximaba á ella.

Las detonaciones sordas y los pálidos resplandores que salían de la torre tenían intermitencias, como acabamos de decir; se interrumpían y volvían á oírse, proponiendo no sé qué doloroso enigma á la desconsolada madre. De repente cesaron y todo se extinguió, ruido y claridad, y reinó allí un momento de absoluto silencio, una especie de tranquilidad lúgubre.

En aquel instante llegaba Micaela al extremo de la meseta; vió á sus piés un barranco, cuyo fondo se perdía en la espesura de las tinieblas; vió á cierta distancia, en lo más elevado de la meseta, una confusión de ruedas, de parapetos y de troneras que constituían una batería, y alumbrado confusamente por las mechas encendidas de los artilleros un enorme edificio, que parecia construido de sombra más negra que la que le rodeaba.

Aquel edificio se componía de un puente, cuyos arcos se hundían en el barranco, y una especie de castillo que se elevaba sobre el puente, y castillo y puente se apoyaban en un altísimo cilindro, que era la torre, hácia la que se dirigía Micaela.

Veía ésta pasar luces en todas las direcciones por las troneras de la torre, y

conoció por el rumor que de ella salía que estaba llena de multitud de hombres, de los que le pareció ver algunos contornos en los pisos altos y hasta en la plataforma.

Cerca de la batería habia tropa acampada; Micaela distinguía á los centinelas del campamento, pero éstos no la veían á ella, por impedirse las malezas y la oscuridad.

Llegó al fin de la meseta y tan cerca del puente, que solo la separaba de él la profundidad del barranco; veía á pesar de la oscuridad los tres pisos del castillejo.

Micaela Flechard permaneció largo rato absorta y muda ante aquel barranco profundo y ante aquel edificio tenebroso. Qué era aquello? ¿Qué sucedía allí? ¿Era efectivamente la torre de Tourgne? Sufria el vértigo de no sé qué incierta expectativa parecida á la de la llegada y á la de la partida, y se preguntaba á sí misma por qué estaba allí.

Miraba y escuchaba.

De pronto ya no vió nada. Un velo de humo subía desplegándose entre ella y la torre; acre picazón la obligó á cerrar los ojos; apenas cerró los párpados, éstos se enrojecieron por efecto de súbita luz que la hizo abrir las pupilas.

Era la claridad del día y no la oscuridad de la noche lo que tenía ante la vista, pero una claridad funesta, la claridad que procede del fuego. Presenciaba el principio de un incendio.

El humo, negro al principio, adquirió poco á poco el color de escarlata; una gran llama se levantaba en el interior, que aparecía y desaparecía, formando las torsiones feroces propias de los relámpagos y de las serpientes.

La llama salía como una lengua de un boquete que parecia boca y que era una ventana llena de fuego; aquella ventana, cerrada con reja de hierro ya enrojecida, era una de las del piso inferior del castillejo, construido sobre el puente. Del edificio solo se veía la ventana; el humo lo cubría todo, hasta la meseta, y solo se veía el borde del barranco, negro, destacándose sobre llamas rojizas.

Micaela Flechard contemplaba aquella escena con asombro. El humo es nube y la nube es sueño, y ella no tenía conciencia de lo que veía. Debía huir? ¿Debía permanecer allí? Se creía estar fuera del mundo de la realidad.

Una ráfaga de viento pasó rasgando la cortina de humo, y al descorrer aquel

velo apareció la trágica fortaleza descubierta, visible por entero, con la torre, el puente, el castillejo deslumbrante y horrible con la magnífica doradura del incendio, que reverberaba en ella de arriba á abajo. Micaela vió todo esto á la claridad siniestra del fuego.

Ardia el piso inferior del castillejo; encima se distinguían los otros dos pisos aun intactos, pero como si estuviesen colocados en un canastillo de llamas. Desde el reborde de la meseta, que era donde estaba Micaela Flechard, veía vagamente el interior al través del humo y del fuego: todas las ventanas estaban abiertas. Por las del segundo piso, que eran muy grandes, veía la madre á lo largo de las paredes armarios que le parecían llenos de libros, y delante de una de dichas paredes, en el suelo y en la penumbra, un grupo pequeño y confuso, algo que presentaba el aspecto vago y amontonado de un nido ó de una pollada, que de cuando en cuando se rebullía.

Micaela se fijó en el pequeño grupo, sin comprender con claridad lo que era. A veces le ocurría creer que podrían ser formas de seres vivientes. La infeliz madre tenía fiebre, no había comido desde por la mañana, caminó sin descanso y estaba desfallecida; se apoderaba de ella una especie de alucinación, de la que instintivamente desconfiaba; pero sin embargo, sus ojos, cada vez más fijos, no podían apartarse de aquel conjunto de objetos, quizás inanimados é inertes en la apariencia, que yacían en el suelo de la sala superpuesta á la del incendio.

En aquel instante, como si el fuego estuviese dotado de voluntad, alargó desde abajo uno de sus brazos hácia la gran hiedra seca que cubría la fachada que contemplaba persistentemente Micaela Flechard. Hubiérase dicho que las llamas acababan de descubrir el enrejado de ramas secas y se precipitaban hácia él; una chispa se apoderó del propicio combustible y subió á lo largo de los sarmientos con la agilidad terrible de los regueros de pólvora. En un santiamén la llama llegó al segundo piso y entonces, por arriba, alumbró el interior del primero. Vivísimo resplandor iluminó súbitamente de relieve á los tres niños dormidos. Hechicero monton compuesto de piernas y de brazos entrelazados, de párpados cerrados, de rubias cabezas y de bocas risueñas.

La madre, al conocer á sus hijos, lanzó

un grito espantoso. El grito de inexplicable angustia que solo las madres pueden lanzar. Nada es tan feroz ni tan patético al mismo tiempo. Cuando una mujer arroja ese grito se cree oír el aullido de una loba; cuando le arroja una loba parece que se oye el grito de una mujer. El grito de Micaela fué un aullido. Hécuba aulló, dijo Homero.

El grito de Micaela fué el que oyó el marqués de Lantenac. Dijimos que al oírlo se paró. Se encontraba entre la salida del pasadizo por el que le sacó Halmalo y el barranco. Al mirar al través de las matas enredadas encima de él, vió el puente del castillejo envuelto en llamas y roja la Tourgne, por efecto de la reverberación del incendio, y vió al otro lado, en el reborde de la meseta y á la viva claridad del fuego, una mujer inclinada sobre el barranco, con el rostro azorado y lastimero.

Esta mujer lanzó un grito; no era ya Micaela Flechard, era una górgona. Los miserables son temibles; la aldeana se convirtió en Euménide; la campesina vulgar, ignorante, inconsciente, adquirió en un instante las proporciones épicas de la desesperación. Los grandes dolores producen dilatación gigantesca del alma; aquella madre personificaba la maternidad, y como es sobrehumano, todo lo reasume en sí la humanidad; aquella mujer se erguía como una potencia sepulcral al borde del barranco, ante el incendio y frente á aquel crimen, lanzando el grito de fiera y con el aspecto de diosa. Era soberano el resplandor de sus ojos, anegados en lágrimas, y sus miradas despedían rayos sobre el incendio.

El marqués escuchó un rato: los gritos de aquella mujer caían, por decirlo así, sobre su cabeza; oía sonidos inarticulados y desgarradores, que más que palabras le parecían sollozos.

—Dios mío! Mis hijos! Son mis hijos! Socorro! Fuego! Fuego! Sois unos bandidos! ¿No hay nadie que quiera socorrerlos? Mis hijos van á abrasarse vivos! Georgina! Alan! Renato! ¿Quién metió ahí á mis hijos? Están durmiendo! ¡Me vuelvo loca! Eso es imposible! Socorro! Socorro!

Entre tanto, así en la Tourgne como en la meseta, todos se pusieron en movimiento para acudir á sofocar el fuego. Los sitiadores, después de afrontar la metralla, tenían que afrontar el incendio. Gauvain, Cimourdain y Guechamp tomaban disposiciones para extinguirlo,

pero apenas podían sacar algunos cubos de agua del humilde arroyuelo que corría por el barranco. El reborde de la meseta estaba lleno de rostros asombrados que miraban los progresos del fuego. Era espantoso lo que veían.

Miraban y no lo podían remediar.

La llama, incendiando la hiedra, llegó al segundo piso, y encontrando allí el granero lleno de paja, se precipitó en él. Todo el granero ardía. Las llamas bailaban, y es lúgubre espectáculo el de la alegría de las llamas. Parecía que un soplo perverso atizase aquella gran hoguera, como si el espantoso Imano se hubiera convertido allí en torbellino de chispas, viviendo de la vida mortífera del fuego, cual alma monstruosa formada para vivir en el incendio. El piso de la biblioteca se hallaba aun intacto; la altura de su techo y el espesor de sus paredes retardaban el momento de prender en él el fuego, pero se aproximaba ya al instante fatal, porque ya le lamia el incendio del primer piso y le acariciaba el del tercero, é iba ya á desflorarle el beso horrible de la muerte. Bajo tenía una cueva de llamas, arriba una bóveda de brasas: si se hacía un agujero en el piso, se asolaría entre la ceniza roja; si se hacía un agujero en el techo, se enterraría entre carbones encendidos. Los niños no se habían despertado; dormían el sueño inocente y profundo de la niñez, y al través de los pliegues de llama y de humo, que alternativamente cubrían y descubrían las ventanas, se les distinguía en aquella gruta de fuego, en el centro de un resplandor de meteoro, apacibles, graciosos, inmóviles, como tres Niños Jesús, confiadamente dormidos en el infierno; un tigre lloraría al ver aquellas rosas dentro de un horno, al ver aquellas cunas dentro de aquella tumba.

La madre se retorció los brazos y gritaba:

—Fuego! Fuego! ¡Están sordos que no acuden á socorrerles! ¡Que se quemán mis hijos! Fuego! Socorro! ¡Ángeles míos! ¿Qué os han hecho esos inocentes? ¡A mí me han fusilado y á ellos los quemán! ¿Quién manda esas atrocidades? Y están durmiendo los desventurados! Renato, Alan, Georgina!... ¡Se llaman así! Soy su madre! ¡Es abominable lo que me sucede! ¡Sois monstruos que no teneis entrañas y los dejais morir de ese modo? Eso es un horror! ¡Tened compasión de esta pobre madre! ¡Quiero mis hijos! Que me den á mis hijos! Socorro! Asesinos! Bandidos! ¿Quién robó á mis

hijos para matármelos así? ¡No quiero que mueran! Socorro! Socorro!...

Al mismo tiempo que las terribles súplicas é imprecaciones de la madre, se oían voces en la meseta y cerca del barranco, que gritaban del modo siguiente:

—Una escalera!

—No tenemos ninguna escalera.

—Agua!

—No tenemos agua.

—Arriba, en la torre, en el segundo piso, hay una puerta que dá á ese edificio.

—Es de hierro.

—Echadla abajo.

—No es posible.

La madre redoblaba sus desesperadas súplicas.

—Fuego! Socorro! ¡Daos prisa, salvad á mis hijos ó matadme! ¡Oh, qué horrible fuego! ¡Que me los echen por la ventana!...

En los intervalos de estos clamores se oían los chasquidos y el tranquilo chisporroteo del incendio.

El marqués de Lantenac se tentó el bolsillo y encontró en él la llave de hierro. Entonces, encorvándose bajo la bóveda por la que se escapó de la torre, volvió á entrar en el pasadizo que antes le facilitara la salida.

II.

De la puerta de piedra á la de hierro.

Todo el ejército estaba azorado buscando el imposible medio de extinguir el incendio; cuatro mil hombres eran impotentes para salvar tres niños.

No tenían ni una escalera; la que enviaron desde Javené no llegó: el fuego se extendía como un cráter que se abre: era ridículo tratar de apagarlo con el arroyuelo del barranco, que apenas tenía agua.

Cimourdain, Guechamp y Radoub bajaron al barranco; Gauvain, entre tanto, subió á la sala del segundo piso de la Tourgne, donde estaba la piedra giratoria, la salida secreta y la puerta de hierro que comunicaba con la biblioteca. Allí estuvo la mecha azufrada que encendió el Imano y de allí comenzó el incendio.

Gauvain llevaba consigo veinte zapadores para intentar el último recurso, que era abrir á viva fuerza la puerta de hierro, que estaba herméticamente cerrada.

Empezaron á descargar hachazos so-

bre ella, pero las hachas se rompieron. Un zapador dijo:

—El acero choca contra este hierro como si fuese vidrio.

La puerta era, en efecto, de hierro fundido y la cubrian dos láminas clavadas con gruesos clavos, cada una de tres pulgadas de espesor.

Echaron mano de barras de hierro para ver si podian desquiciarla, pero las barras de hierro se rompieron tambien.

—Lo mismo que si fuesen astillas, dijo el zapador.

Gauvain, pensativo y triste, repuso:

—Solo una bala de cañon podria abrir esta puerta. ¡Si pudiera subirse aquí una pieza!...

—Quizás aun así no se abriria, respondió el zapador.

Tuvieron un instante de desaliento general: aquellos hombres, mudos, vencidos, consternados, contemplaban la horrible puerta, el obstáculo insuperable. Por debajo transparentaba roja reverberacion, por detrás crecia el incendio.

Allí estaba el espantoso cadáver del Imano, siniestro y victorioso. Quizás dentro de breves instantes se hundiria todo el edificio. Cómo oponerse? No les quedaba ya ninguna esperanza de evitarlo.

Exasperado Gauvain, con la vista fija en la piedra giratoria y en la salida abierta, exclamó:

—¡Sin embargo, el marqués de Lantenac se escapó por aquí!...

—Y por aquí vuelve, contestó una voz.

Por entre el hueco que formaban las piedras de la escalera secreta apareció una cabeza blanca. Era el marqués.

Hacia muchos años que Gauvain no le habia visto tan cerca. Al verle retrocedió un paso.

Los que estaban en la sala se quedaron admirados y petrificados.

Lantenac llevaba una llave en la mano; hizo retirar á los zapadores dirigiéndoles una mirada altiva, encaminóse directamente á la puerta de hierro, se encorvó para penetrar en la bóveda y metió la llave en la cerradura; ésta rechinó y abrióse la puerta, presentándose á la vista de todos un abismo de llamas; en él penetró el marqués con pié firme, sin vacilar y con la cabeza alta.

Todos, conmovidos, le siguieron con la vista. Apenas dió algunos pasos en la sala incendiada, el suelo, minado por el fuego y movido por sus pisadas, se hundió tras él, abriendo entre él y la puerta

un precipicio. El marqués, sin volver siquiera la cabeza, continuó adelante y desapareció envuelto por el humo.

Los que presenciaban aquella escena ya no pudieron ver más.

Lantenac pudo llegar más lejos? ¿Se habria abierto bajo sus piés otro abismo de fuego? Habria perecido? No se sabia. Gauvain y sus soldados solo tenian ante ellos una muralla de humo y de llamas; el marqués estaba á la otra parte, vivo ó muerto.

III.

Se despiertan los niños que dormian.

Entre tanto los niños abrieron los ojos.

El incendio, que no habia penetrado aun en la sala de la biblioteca, arrojaba en su techo un reflejo sonrosado. Los niños desconocian esta clase de aurora; Renato y Alan la miraban y Georgina la contemplaba.

Desplegábanse en aquel momento todos los esplendores del incendio; la hidra negra y el dragon de escarlata aparecian en el humo informe, sombrío y bermejo. Largas ráfagas volaban á lo lejos, rayando la oscuridad, como si fuesen cometas que combatian, corriendo unos tras otros. El fuego es pródigo: los focos de brasas que forma el incendio son como cofrecillos de joyas que disipan los vientos; por algo el carbon es idéntico al diamante. En la pared del tercer piso se habian hecho grietas, por las que la brasa vertia sobre el barranco cascadas de pedrería; los montones de paja y de avena, que ardian en el granero, comenzaban á salir por las ventanas convertidos en avalanchas de polvos de oro; las avenas parecian amatistas y las pajitas carbunclos.

—Qué bonito! exclamó Georgina.

Los tres niños se incorporaron.

—Ay! gritó la madre. Se despiertan!...

Renato se levantó el primero, despues Alan y Georgina los imitó.

Renato estiró los brazos, se acercó á la ventana y dijo:

—Hace calor.

—Calor! repitió Georgina.

Micaela Flechard les llamó:

—Hijos míos! ¡Renato, Alan, Georgina!...

Los niños miraron á su alrededor. Trataban de comprender lo que sucedia. Lo que inspira terror á los hombres inspira curiosidad á los niños; el que se

admira fácilmente se espanta con dificultad; la ignorancia es intrépida. Los niños, que no tienen derecho al infierno, si le vieran, le admirarian.

La madre les volvió á llamar:

—Renato, Alan, Georgina!...

Renato volvió la cabeza: aquella voz le sacó de su distraccion: los niños tienen poca memoria, pero sus recuerdos son rápidos: todo el pasado es para ellos ayer. Renato vió á su madre, lo que le pareció natural, y como estaba rodeado de personas y de objetos extraños, sentia la vaga necesidad de un apoyo, y gritó:

—Mamá!

—Mamá! dijo Alan.

—Mamá! repitió Georgina, extendiendo los bracitos.

—Hijos míos!... gritó la madre.

Los tres se acercaron á la ventana; por fortuna el incendio no habia llegado por aquella parte aun.

—Tengo mucho calor, dijo Renato, y añadió:—Esto abrasa.

Buscando con la vista á su madre, gritó:

—Ven, mamá!

—Ven, mamá! repitió Georgina.

Micaela, desmelenada, desgarrada, destilando sangre, cayó rodando de mata en mata hasta el barranco, donde estaban Cimourdain, Guechamp y Radoub, tan impotentes allí abajo como Gauvain arriba. El calor era insoportable, pero nadie lo sentia; todos examinaban la escarpa del puente, la altura de los arcos, la elevacion de los pisos, lo inaccesible de las ventanas, y comprendian al mismo tiempo la necesidad de obrar con prontitud. Habia que escalar tres pisos; no habia medio de poderlo efectuar. Radoub, con una herida en el hombro, con una oreja desgarrada, chorreando sangre y bañado en sudor, acudió á sostener á Micaela Flechard.

—Calla! dijo; sois la fusilada. ¿Habeis, pues, resucitado?

—Mis hijos! gritó la madre.

—Verdad es: no es tiempo oportuno ahora para ocuparse de aparecidos.

Dicho esto, el sargento Radoub comenzó á escalar el puente; trabajo inútil: hundiéndose las uñas en la piedra pudo elevarse algunos instantes, pero pronto cayó al suelo, porque las piedras eran lisas y no presentaban la menor juntura ni el menor relieve. El incendio continuaba. Veíanse en el hueco de la ventana, sobre fondo rojo, destacar tres cabecitas rubias. Radoub entonces le-

vantó los puños y los ojos al cielo, como si indignado buscase con la vista al culpable de la catástrofe. La madre, de rodillas, abrazada á los pilares del puente, exclamaba:

—Perdon!...

Sordos chasquidos se mezclaban con el chisporroteo del incendio: los vidrios de los armarios de la biblioteca se quebraban y caian con estrépito; la armazon del edificio se conmovia sin duda; no habia fuerzas humanas que pudieran evitarlo. Todos creian ya inmediata la catástrofe final. Oíanse las voces de los niños gritar:—“Mamá! Mamá!”, El espanto general llegó á su paroxismo.

De pronto apareció en la ventana inmediata á la de los niños una figura alta, que se destacaba sobre el fondo de púrpura de las llamas.

Todas las miradas se concentraron entonces en dicha figura. Un hombre entró allí, en la sala de la biblioteca: un hombre estaba dentro de aquel horno. Todos reconocieron en él al marqués de Lantenac.

Desapareció un momento y luego volvió á aparecer. El terrible anciano se asomó á la ventana, manejando enorme escalera, la escalera de salvamento colocada en la biblioteca, que él fué á buscar y que arrastró hasta la ventana. La cogió por un extremo con la agilidad magistral de un atleta y la hizo deslizarse hasta el barranco, apoyándola en el reborde exterior. Radoub desde bajo tendió los brazos, y al recibir el extremo de la escalera gritó:

—Viva la República!

—Viva el rey! respondió el marqués.

—Puedes gritar lo que quieras y decir barbaridades si quieres, que en este momento eres un dios.

Fijada la escalera y establecida la comunicacion entre el incendio y la tierra, acudieron veinte hombres con Radoub al frente, y en un momento se escalonaron de arriba á bajo en todos los peldaños, como los albañiles que bajan y suben piedras: esta operacion produjo sobre la escalera de madera una escalera de hombres. Radoub, en el escalon superior, tocaba á la ventana y volvia la cara hácia el incendio. Los soldados, desparramados entre los brezos y las cuestas, se agruparon en la meseta, en el barranco y hasta en la plataforma de la torre.

El marqués desapareció otra vez y volvió á aparecer con un niño en brazos.

Inmenso aplauso resonó.

El primero que el marqués asió al acaso fué Alan, que gritaba:—¡Tengo miedo!

Lantenac se lo entregó á Radoub, que lo pasó al soldado más inmediato, el que lo puso en manos de otro, mientras Alan, temblando y llorando, llegaba de mano en mano al pié de la escalera. El marqués desapareció un instante y volvió á la ventana con Renato, que también se resistía y lloraba, y hasta le pegó á Radoub en el momento en que le recogía de los brazos del anciano.

El marqués entró en la sala, ya llena de llamas, donde habia quedado sola Georgina. Al dirigirse á ella se sonrió la niña, y aquel hombre de granito sintió que se le humedecían los ojos.

—Cómo te llamas? le preguntó á la niña.

—Orgina, dijo ésta.

El marqués la tomó en brazos; Georgina no dejó de sonreír, y en el momento de entregarla á Radoub, aquella conciencia tan altiva y tan oscura experimentó el deslumbramiento que irradia de la inocencia, y aquel anciano dió un beso á la niña.

—Es la muñeca! exclamaron los soldados, y Georgina, á su vez, descendió de brazo en brazo hasta tierra, entre exclamaciones y gritos de adoración. Todos palmoteaban, todos aplaudían; los granaderos veteranos sollozaban y ella les sonreía.

La madre estaba al pié de la escalera, jadeante, loca, ébria de gozo ante aquella salvación inesperada, como lanzada sin transición desde el infierno al paraíso. El exceso de alegría martiriza hasta cierto punto el corazón. Micaela tendió los brazos, recibiendo en ellos, primero á Alan, después á Renato y últimamente á Georgina; los cubrió de besos indistintamente, se puso á reír y cayó desmayada.

Levantóse en el campamento este inmenso grito:

—Todos se han salvado!

Todos se habían salvado, en efecto, menos el salvador; pero nadie pensaba en él, ni quizás él mismo. Permaneció algunos instantes pensativo asomado á la ventana, como si quisiese dejar que el incendio tomase una resolución. Después, sin apresurarse, lentamente, pasó una pierna por la ventana, después la otra, y sin volverse, recto, erguido, pegado á los escalones, teniendo detrás de él el incendio y delante el precipicio, empezó á bajar por la escalera en silencio y con

majestad de fantasma. Los soldados que estaban en la escalera se precipitaron á tierra; todos los circunstantes se estremecieron, retrocediendo con una especie de terror sagrado ante aquel hombre, como ante una visión. Lantenac se hundía entre tanto gravemente en la oscuridad; mientras ellos retrocedían, él se acercaba á ellos: en su palidez de mármol no se veía ningún pliegue; su mirada de espectro no despedía ni un solo rayo; á cada paso que daba hacía los soldados, cuyas pupilas asustadas se fijaban en él en las tinieblas, parecía aumentar de estatura; la escalera temblaba bajo sus piés lúgubres; parecía la estatua del Comendador volviendo á bajar á su sepulcro.

Cuando afirmó un pié en el último escalón y el otro en tierra, una mano le asió por el cuello.

—Te prendo, dijo Cimourdain.

—Haces bien, le contestó Lantenac.

LIBRO SÉPTIMO

Después de la victoria el combate.

I.

Lantenac preso.

Se apoderaron del marqués.

Abrieron, ante la severa inspección de Cimourdain, la cripta del piso bajo de la Tourgne; metieron en ella una lámpara, un cántaro de agua, un pan de munición y un haz de paja, y encerraron allí á Lantenac.

En seguida Cimourdain se fué á conferenciar con Gauvain. En aquel momento el reloj de la lejana iglesia de Parigné daba las once de la noche.

Cimourdain dijo á Gauvain:

—Voy á convocar el Consejo de guerra, pero tú no formarás parte del tribunal por ser pariente de Lantenac, pariente demasiado cercano del reo para que seas su juez, pues creo que Igualdad hizo mal en juzgar á Capeto. El Consejo se compondrá de tres jueces: de un capitán, que será Guechamp; de un sargento, que será Radoub, y de mí, que soy el delegado del Comité de Salvación pública y que será el presidente. Esto no es de tu incumbencia. Cumpliremos el decreto de la Convención, limitándonos á hacer constar la identidad de la persona del ex-



EL ANCIANO DIÓ UN BESO A LA NIÑA